

La articulación de la realidad

CÉSAR PÉREZ GRACIA *

Acaba de aparecer a principios de septiembre *La fuerza de la razón*, volumen que acoge los 85 últimos artículos publicados por Julián Marías en *Abc*. El último fechado el 13 de junio de 2004, tres días antes de su 90 cumpleaños.

El prólogo está fechado en marzo de 2005, y se convierte así en su colofón. “Quizá, con seguridad, ya no escriba más”. Se refiere a más artículos y se sobreentiende que tampoco una línea más. Si echamos cuentas, don Julián ha escrito sin parar durante 70 años, en rigor durante 60 años de infatigable labor intelectual.

Desde su *Historia de la filosofía*, 1941, hasta hoy mismo, *La fuerza de la razón*, 2005.

En este prólogo cita versos de Lope —“vuelve a la patria la razón perdida”— y confía en la vida perdurable, casi casi como en el prólogo del *Persiles* cervantino o los versos del *Parnaso*: “adiós Madrid, adiós tu Prado y fuentes”. Para don Julián, la fe en la otra vida viene de antiguo en su biografía. Prometió a su hermano muerto en la infancia no faltar nunca a la verdad.

Convenció a Menéndez Pidal, casi centenario, de la posibilidad nada desdeñable de ver en su salsa a los juglares, el summum de la ilusión para el estudioso de *Mío Cid*. Volver a Medinaceli en el tiempo de los juglares y escuchar de sus labios el naciente y rudo idioma. Otros darían un ojo por entrar en el taller de Velázquez o Goya y verlos dar infinitas pinceladas, o pasear con Cervantes por Nápoles, Lisboa o Madrid. Don Julián cuenta con hacer dos o tres preguntas al mismísimo Aristóteles, que no es floja empresa, aventura, ilusión. Una de las razones claves de su fe en la perduración se basa no en uno mismo, digamos como obelisco solipsista, sino en el haz indestructible de las personas claves en nuestra vida, aquellas que merecen vivir y no convertirse en humo y polvo, como en el poema de Machado. A mí me encantaría escuchar de viva voz a Ortega, y no descarto que don Julián o su persuasiva esposa Lolita, me ayuden a lograrlo. Don Julián imagina a Dios como un hontanar de poderosa luz, un faro que ahuyentará las dudas y las tinieblas, que como las noches del mundo, no son pocas.

Al comentarle por teléfono que Leticia Escardó me ha pedido que reseñe su libro, me ha dicho: “me alegra que así

* Escritor.

sea". Unos días antes le comenté que Garcí había hecho una película sobre la *Ninette* de Mihura, y como ha sido un fervoroso espectador de cine, y buen lector de *La Codorniz* de Mihura, deduje que era buena película, como lo es en efecto.

El posible tomo IV de sus memorias

En sus memorias, *Una vida presente, 1988-89*, tres tomos que suman 1.200 páginas, novela real en la que los personajes no son ficticios (empresa de magnitud similar a la de *Tu rostro mañana*, en el campo de la ficción novelesca, donde los personajes son inventados, aunque el padre de Deza tenga las mismas vivencias que don Julián en el Sitio de Madrid), se nos quedaba el autor en la raya de 1990, de modo que todavía coleaba la posibilidad de un cuarto tomo de memorias. Ha transcurrido el lapso de una generación más en la vida del profesor Marías, el profesor que no fue profesor en Madrid durante medio siglo. Gracias a sus tomos de artículos de ese período podemos rastrear ese cuarto tomo de memorias hasta su edad de nonagenario de excelente memoria y uso pleno de su razón vital. Tengo la inmensa suerte de haber conversado con él muchas horas en el salón de su casa madrileña, ante el paisaje de Toledo de Arredondo y la copia del Fra Angélico del Prado. Una vez se nos hizo de noche sin enterarnos y ya no nos veíamos las caras en la penumbra. La voz y el entusiasmo de la conversación tienen la virtud de irradiar su propia luz. En una ocasión me llamó por teléfono a Zaragoza, para darme las gracias por un breve ensayo sobre su esposa Lolita, publicado en *Cuenta y Razón*. Me dijo entonces: "me ha llegado al corazón". Aunque escribiese yo durante mil años, nadie igualará ese elogio a mi modesta y pobre escritura. Una vez le conté que un paisano me preguntó por una calle en Zaragoza y usó la fórmula: "¿me puede dar razón?" Dar cuenta y razón es contar una cosa dando la esencia, muy similar en su

sentido al aforismo de Gracián "lo bueno, si breve, dos veces bueno". El estilo literario de Julián Marías es el colmo de la sobriedad diáfana. Es la antítesis del estilo de Ortega. Lo único que tienen en común es la claridad intelectual, la limpieza en el dibujo de las ideas, si puede decirse así. La claridad es la cortesía del filósofo, dijo Ortega. Ortega es la opulencia metafórica. Marías es la sobriedad enciclopédica, un traductor de Séneca y Kant, quizá el único español capaz de discutir como un tigre con Ortega y conservar viva su memoria. Siempre ha dicho que Ortega está vigente en un 90% de su obra, pero que cada cual debe descubrir el 10% de su fecunda discrepancia, de lo contrario todo es farsa, escolasticismo fanático, orteguismo mimético y viscoso.

En *La fuerza de la razón*, vemos artículos de sus escritores favoritos, empezando por el 98, los trató a todos, al que más a Azorín. Viajó con Valle-Inclán desde Nápoles a Valencia. También dedica artículos a Heidegger —los 75 años de *Sein und Zeit*— y la muerte de su discípulo centenario, Gadamer, a ambos los conoció y trató el profesor Marías. Hay artículos sobre los centenarios de dos de sus escritores franceses favoritos de su adolescencia, Víctor Hugo y Dumas. Se celebra en otro texto, el centenario de *Abc*, el periódico de Azorín por excelencia. Su fervor personal y juvenil se forjó con *El Sol*, la cima de la prensa española con los folletines de Ortega. Nada similar ha superado luego esa cota, nos dice. Pero nosotros podemos tener dudas, lo hemos leído a él durante los treinta años de la Transición o monarquía constitucional de Juan Carlos, en *El País* hasta 1982, y luego en *Abc* durante dos decenios largos. Y hemos leído a Juan Benet, a Julián Gállego, a Savater, a su hijo Javier Marías, ahora mismo su mejor heredero, el príncipe de la prosa española actual, el único novelista español que encandila a Europa después de Cervantes.

En su artículo "Occidente", 30-octubre-03, don Julián Marías nos habla de las dos lenguas predominantes en América,

por orden histórico de magnitud y número de hablantes, en primer lugar el español, hablado desde México hasta Chile y Argentina, y el inglés en Estados Unidos.

El peligro ante esa proyección secular de Europa en América, lo que llamamos Occidente, lo advierte en “la voluntad suicida que tiene la insistencia en lo diferencial, en las lenguas particulares”.

Si Unamuno acuñó el término intrahistoria para designar la marea humana anónima que no consta en los anales oficiales y que acaso es la fuerza latente de la historia, ahora vemos una voluntad política suicida o seudohistoria, o contrahistoria, de fingir pasados fantasiosos. Es la patética historia autonómica a la carta.

En su artículo “*Desde cuándo*”, 31 julio 03, habla de la memoria infantil, de la datación, de la primera fecha que impregna o jalona la memoria personal. El momento clave en el que el mundo individual se inserta en la continuidad transpersonal, que luego en la edad adulta se descubre como el mundo histórico. En su caso, esa fecha fue la inauguración del Metro de Madrid en 1919, cuando tenía cinco años.

Nos habla también de la escritura como forma suprema de anticipación y futurición. A don Julián le interesó hace tiempo el sufijo “izo”, por su sesgo de lanza arrojada hacia el porvenir. El hombre es futurizo. En este sentido, de vivir en vilo sobre el horizonte de los posibles, no hace mucho caí en la cuenta de un término curioso de nuestro idioma, ojeriza. Se designa con él al mal de ojo, al mal fario. Pero podemos utilizarlo en sentido positivo, ser hombre ojerizo, capaz de perforar lo inmediato y ver más allá de lo evidente. En el sentido orteguiano de hombre prologuizo, ya que todo lo humano es prólogo, ensayo, tanteo, aventura.

En su texto “*Cercanías*”, 12 junio 03, nos pone en guardia frente a la limitación de las personas más próximas de nuestro

entorno que debido a su nula capacidad autocritica pueden obrar un efecto nefasto. Dicho así parece muy fuerte o exagerado. Pero todos sabemos hoy del impacto de los telediarios y su proselitismo político de un signo u otro en las audiencias. Curiosamente, la televisión ejerce un curioso imperio de las formas plebeyas. Hay una alergia evidente hacia la excelencia en lo intelectual. Se admite y promociona a los figurones deportivos, pero se huye como de la peste de los grandes cerebros en cualquier campo. De este modo, campa a sus anchas lo que Ortega diagnosticó en su día como democracia morbosa. Es decir, la perversión de la política aplicada a todos los campos de lo humano. Imaginen que se votase por referéndum cuál es el mejor cuadro del Prado o el mejor libro de nuestro idioma. Quizá la estela de la dictadura nos ha dejado ese regalo envenenado, la creencia supersticiosa de que la democracia es una varita mágica para resolverlo todo. Todo hombre inculto es la caricatura de sí mismo. La España televisada como caricatura de sí misma. Uno de los adagios perspicaces de don Julián dice: “en España no se dice lo que pasa, sino que pasa lo que se dice”. Podemos parafrasearlo: “en España no se televisa lo que pasa, sino que pasa lo que se televisa”.

El último artículo del profesor Marías

“*El anuncio y la mercancía*”, 13 junio 04, demuestra el brío del pensador al cumplir noventa años, tres días antes de su fecha de nacimiento, 16 junio 1914. “En España no existe actualmente un partido comunista; el que hay viaja con seudónimo”. Qué diría hoy del camuflado Partido de las Tierras Vascas.

Le resulta inquietante que no haya hoy un partido liberal, y que el término conservador no tenga vigencia, como sucede en Inglaterra.

Nos hace notar el abismo entre el partido socialista actual y el de Besteiro y

Fernando de los Ríos, personajes a los que trató en su mocedad. Cuenta una anécdota sobre los cubitos de hielo, que demuestra el temple de aquellos caballeros socialistas.

“No hablo del siglo XV, sino de mi propia vida cuando todavía era joven.” Frase digna de Tácito, en la que cifra con humor ese abismo generacional e histórico, como si uno despertase en una España extraterrestre.

De Estados Unidos, país que conoce como pocos españoles (en la universidad de Yale lo quisieron fichar para su claustro fijo, pero prefirió —tras un par de cursos— volver a España) acuña una paradoja sobre sus dos grandes partidos: los republicanos son demócratas y los demócratas son republicanos.

De la sociología electoral señala con perspicacia que “la inmensa mayoría no pertenece a ningún partido”.

Si no recuerdo mal, don Julián ha sentido una enorme nostalgia por lo que Leibniz llamaba a la inglesa *public spirits*, los hombres públicos o políticos liberales de tiempo de Locke, cuya constitución no escrita ha impedido en Inglaterra la aparición de un segundo Cromwell. Leibniz se percató hacia 1705 de ese ocaso de los hombres públicos, y ya avisa contra la revolución en Europa, digamos los jacobinos, capaces de pegar fuego “aux quatre coins de la terre”, movidos por sus brutales pasiones. En este sentido, la propaganda o imperio mediático puede inclinar el vector electoral según las circunstancias. Un suceso casual —el 11 de marzo en Madrid— le hace escribir otra frase digna de Tácito: “en España acabamos de hacer una experiencia bien curiosa”.

¿No es admirable llegar a los 90 años con esa claridad de ideas y un estilo exento de espuma retórica?